

El niño PERDIDO

0.10

ENTODA LA
REPÚBLICA
Y EL DOTOR

por
JUAN
CRISTOBAL
SCHMID





00163297



EL NIÑO PERDIDO

Cuento de
CRISTOBAL SCHMID



E D I T O R I A L T O R

Río de Janeiro 760

Buenos Aires



LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA
HAN APARECIDO HASTA LA FECHA:

- | | |
|---|--------------------------------------|
| 1 - Pinocho en el teatro de titeres | 40 - La bella Dorigen |
| 2 - Blancanieves y los 7 enanitos | 47 - Las salamandras azules |
| 3 - Los principes encantados | 48 - Los zuecos maravillosos |
| 4 - La bella durmiente del bosque | 49 - Las tres hermanas |
| 5 - Juanfuerte | 50 - Fábulas de Iriarte |
| 6 - Piel de asno | 51 - El niño raptado |
| 7 - La princesa y el erizo | 52 - Barba Azul |
| 8 - Ali Babá y los 40 ladrones | 53 - Tanino el hormiguerino |
| 9 - La inocente mensajera | 54 - Gulliver en el país de gigantes |
| 10 - Pinocho en campo de milagros | 55 - El tejedor de Segovia |
| 11 - El pájaro verde | 56 - El principe Cododac |
| 12 - Pulgarcito | 57 - La amigueta de los pájaros |
| 13 - Los maestros cantores | 58 - La señorita Scuderi |
| 14 - El rey del río de Oro | 59 - Fábulas de Esopo |
| 15 - Caperucita Roja | 60 - Constanza |
| 16 - Las tres princesas | 61 - Nicolásón y Nicolásín |
| 17 - El triunfo del zorro | 62 - Los rosales de la reina |
| 18 - Pinocho en la isla de las abejas | 63 - El enfermero del Chacho |
| 19 - La princesa picarona | 64 - Grisélidis |
| 20 - Simbad el marino | 65 - Alicia en el país de maravillas |
| 21 - Canción de Navidad | 66 - Aladino |
| 22 - Un viaje maravilloso | 67 - Genoveva de Brabante |
| 23 - El niño que se volvió hormiga | 68 - La Sirenita |
| 24 - El enano Zacarías | 69 - Peter Pan |
| 25 - Pinocho en gruta del monstruo | 70 - El patito feo |
| 26 - El legado del moro | 71 - Hombre que vendió su sombra |
| 27 - El gato con botas | 72 - Los tres pelos del diablo |
| 28 - El hada de Granville | 73 - Hansel y Gretel |
| 29 - De los Apeninos a los Andes | 74 - La flor del pantano |
| 30 - Meñique | 75 - El buque fantasma |
| 31 - El rey Cuervo | 76 - La cámara del tesoro |
| 32 - Almendrita | 77 - La desobediencia |
| 33 - Pinocho en el país de juguetes | 78 - El tarro de aceitunas |
| 34 - El niño perdido | 79 - El mensajero de la corona |
| 35 - Robin Hood | 80 - La camisa del hombre felis |
| 36 - La isla encantada | 81 - La verdad sospechosa |
| 37 - Pif Paf | 82 - La graciosa Emelia |
| 38 - La carga liviana | 83 - El muchacho afortunado |
| 39 - La alfombra mágica | 84 - La novia elegida |
| 40 - El pájaro que reía | 85 - Las dos estatuas |
| 41 - La Cenicienta | 86 - La botella encantada |
| 42 - Aventuras del rey Beder | 87 - El mercader de Venecia |
| 43 - El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 88 - La obligación |
| 44 - Pinocho en el fondo del mar | 89 - El favorito ingenioso |
| 45 - Gulliver en el país de enanos | 90 - Los dos ruiseñores |

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y
ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

Se ha hecho el depósito que exige la Ley 11.723.



EL NIÑO PERDIDO

I

La viuda del pescador



N una miserable y solitaria choza próxima a las orillas del río Danubio en Baviera, vivía la viuda de un pescador. Se llamaba Teodora y era todavía joven. No hacía mucho que había perdido a su esposo, y tenía como consuelo un lindo niño rubio de cinco años.

La viuda de nuestro cuento ganaba para su sustento y el de su hijo tejiendo redes, cosa que

hacía con singular destreza. Muchas veces la sorprendía el día levantada y trabajando con el mismo entusiasmo de las primeras horas.

El niño, que se llamaba Augusto, a pesar de su corta edad, tenía un vivo deseo: hacer feliz a su buena madre.

Un día en que el hermano de Teodora, que era pescador también y residía en una aldea vecina, al visitarla le regaló un lindo pescado, la pobre viuda se puso a llorar, mientras decía:

—Ya no pensaba volver a ver en mi casa pescados como éste.

Entonces exclamó Augusto, tratando de consolarla:

—No llores, mamita, que yo te los traeré, y aun mayores, cuando sea grande.

—Sí, hijito, sí —le contestó ella—. Espero que algún día tomarás el oficio de tu padre y serás el apoyo de mi vejez.

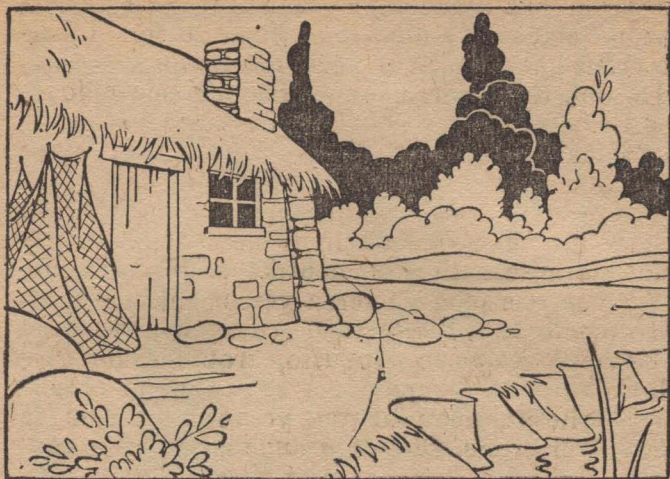
II

La infancia de Augusto

Para ayudar en algo a su madre, Augusto se ocupaba juntando frutos de los árboles silvestres en el vecino bosque, especialmente los del haya, que la madre molía, obteniendo aceite para alumbrarse.

Un lindo día de otoño, se puso la viuda a tejer una red desde muy temprano, pues debía entregarla esa misma noche.

Al mediodía llegó su hijito muerto de cansancio y con buen apetito. Teodora le preparó la co-



La humilde choza donde vivía...

mida, consistente en unas sopas de leche, y le dijo que fuera a comer a la sombra de un frondoso árbol que había cerca de la choza.

Cuando Augusto hubo dado buena cuenta del almuerzo, le dijo su madre:

—Acuéstate ahí mismo y duerme una siestita, que hoy hace calor. Mientras tanto, yo seguiré con mi trabajo y te llamaré cuando sea hora de levantarte.

Con el entusiasmo del trabajo, las horas pasaron con extraordinaria rapidez. Por eso, al ver la viuda que ya era tarde, se apresuró a ir a despertar a su hijo, y recibió una desagradable sorpresa al comprobar que no estaba donde lo había dejado.

--Con toda seguridad --se dijo--, ha vuelto al bosque a juntar frutos con su canastita.

¡Cuán lejos estaba la pobre mujer de imaginarse la desgracia horrible que le había ocurrido!

III

El niño perdido

Teodora regresó a su morada y se puso a extender la red recién tejida, sobre el pasto. Y siguió dando los últimos toques a su trabajo. Y al ver que el tiempo transcurría y Augusto no regresaba, empezó a inquietarse y se internó en el bosque, buscándolo con amargo desasosiego. Aunque lo llamó a gritos muchas veces, sólo el eco le contestó.

--¿Habrá desobedecido mi mandato --se decía--, y se habrá acercado al río?

A esta sola idea se estremeció, y se puso a registrar aquella parte de la ribera. Pero no encontró ni la más mínima huella de su amado hijito.

Entonces, bañada en lágrimas y con la agonía en el corazón, se dirigió a la aldea próxima para pedir noticias. Desgraciadamente, nadie había visto al niño.

Muchos vecinos, al enterarse, salieron en busca del desaparecido. Unos se dirigieron a los bosques, otros a los campos y otros al río. Pero llegó la noche, y nadie había hallado el menor rastro.

--Si se ha ahogado en el Danubio --dijo un pescador--, no tardaremos en encontrar su cuerpo, pues conocemos bien la corriente del agua. Iría a parar en aquel remanso de allá abajo, donde está el antiguo sauce.



Se internó en el bosque buscándolo.

La infeliz madre pasó la noche llorando, y tan pronto amaneció corrió al remanso indicado por el pescador, en la creencia de encontrar allí el cadáver de su hijito. Pero allí no había nada.

Y así pasaron los días y las semanas. Y la pobre Teodora no dejó de recorrer las orillas del río desde la mañana a la noche. ¡Y el cuerpo de su hijo no aparecía!

Transcurrieron varios años, y el cadáver del desaparecido no fué encontrado en ninguna parte. Y ni la madre, ni el tío, ni nadie pudieron averiguar dónde había ido a parar aquella tarde de otoño en que se quedó dormido.

IV

El dolor de una madre

El dolor que se había apoderado de Teodora la fué poniendo tan pálida y demacrada, que llegó a parecer la sombra de la muerte.

Semanas después de haber perdido a su hijo entró un domingo en la iglesia con el luto que llevaba por su difunto esposo. Los vecinos, al cruzarse con ella, se decían:

—¡Infeliz Teodora! No tardará en acompañar en la tumba a su esposo y a su hijo...

El anciano párroco, un santo varón que se interesaba mucho por sus feligreses, había ido varias veces a visitar a la viuda, dispuesto a consolarla. Y cuando ese domingo la vió en la iglesia y advirtió las huellas que el profundo dolor le iba dejando, resolvió llamarla una vez que hubiera terminado la misa.

Así lo hizo.

*La encontraban
junto al Danubio
llorando...*



Al entrar Teodora en la sacristía, se hallaba el sacerdote sentado ante su escritorio haciendo anotaciones en los libros de la parroquia. Interrumpió su tarea, y después de saludarla muy tiernamente, le dijo:

—Aguarde un momento, que en seguida la voy a atender.

Mientras aguardaba que el cura terminara su trabajo, la viuda se puso a contemplar una pequeña imagen que había colgada en la pared, y tanto se conmovió, que no pudo contener el llanto.

—¿Qué? —le dijo el párroco, mientras secaba la pluma y se levantaba—. ¿Le gusta esa imagen?

—Sí, padre. Tanto me gusta, que a su sola vista me he conmovido.

—¿No sabe lo que representa?

—Sí que lo sé. Es la Virgen Dolorosa. Nunca vi tan bien pintado el dolor de María llorando la muerte de su hijo.

—En esta imagen tiene un consolador ejemplo. Vea la espada que penetra hasta lo más profundo del corazón de la madre. Es el emblema del dolor que, de acuerdo con la profecía de San Simeón, la debía traspasar de parte a parte ante la sangrienta agonía de su Hijo. Esos ojos bañados en llanto que eleva al cielo y esas manos fuertemente enlazadas, expresan lo mucho que confía en la bondad de Dios. Mucho ha perdido usted con la muerte de su esposo y la desaparición de su hijo. Una espada de doble filo ha traspasado su corazón.

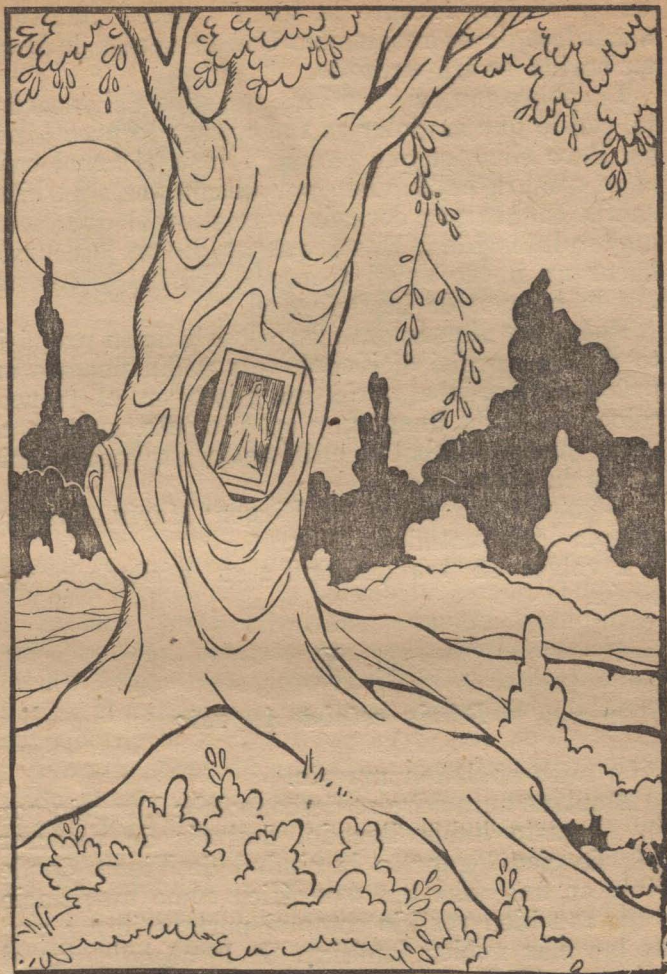
Después de oír al sacerdote, Teodora volvió a contemplar la imagen, y dijo:

—Estoy dispuesta a seguir el ejemplo de esta Madre Dolorosa. Quiero, como ella, elevar mis ojos al cielo.

—¡Muy bien! —dijo el cura—. Ese propósito me llena de satisfacción.

Y aquel santo varón, que se sentía feliz como nadie cuando podía consolar a un afligido, descolgó la imagen y se la entregó a la viuda, diciéndole:

—Tome. Para que no olvide jamás la promesa que acaba de hacer. Llévese esta santa imagen, y para que pueda contemplarla constantemente, se la regalo. Y cuando sienta en su corazón la espa-



Y colocar allí la imagen...

da del dolor, levante la vista a este cuadro y acuérdesse de su resolución. Con la ayuda de Dios, su herida se irá curando.

La pobre mujer siguió los consejos del sacerdote, con lo que su dolor se fué calmando poco a poco. Pero siempre que pasaba frente al árbol bajo cuya sombra había visto por última vez a su hijo, sentía sangrar su corazón y renacer el dolor con mayor intensidad. Hasta que un día se le ocurrió hacer un hueco en el tronco del árbol y colocar allí la imagen de la Dolorosa.

Fué a ver al cura para informarle de su propósito y él lo aprobó diciéndole que podía ponerlo en práctica. Teodora abrió un hueco en el tronco, colocó en él la imagen, y en adelante, cuando al pasar junto al árbol se entristecía, exclamaba, mirando la estampa:

—Quiero ser como la Virgen María. Que se cumpla la voluntad de Dios.

Y volvía la tranquilidad a su atribulado corazón.

V

Dónde estaba Augusto

El niño no había muerto.

Mientras su madre se desconsolaba llorando por él, Augusto había llegado, después de recorrer más de cien leguas, a la ciudad de Viena, donde vivía en una casa tan magnífica como un palacio e iba tan bien vestido como si perteneciera a una de las más nobles familias. Se le atendía con el mayor cuidado y recibía una sólida y esmerada educación.



Con su dedicación no tardó Augusto...

¿A qué se debía tan extraordinario cambio?

A lo siguiente: Cuando el niño despertó de la siesta en la tarde de otoño en que su madre lo vió por última vez, se levantó y se fué al bosque a buscar frutos silvestres. Cuando tuvo media canasta llena, recorrió una gran distancia en busca de árboles que estuvieran bien cargados, llegando al extremo de la selva que daba a la orilla del río.

Vió allí atracado un barco en el que habían llegado unos viajeros que se hallaban paseando en tierra. Entre éstos había varios niños que se entretenían jugando sobre el pasto con unas piedritas encontradas en la playa.

Como Augusto manifestara deseos de ver el barco de cerca, pues no conocía ninguno de aquel tamaño, los pequeños excursionistas lo acompañaron, y una vez que estuvieron a bordo, Antoñita

lo llevó al salón que estaba reservado para los pasajeros distinguidos. El niño no pudo reprimir su asombro y exclamó:

—¡Qué lindo barco! Es más grande que mi casa y tiene piezas mucho más hermosas.

Los pequeños compañeros le mostraron entonces todos sus juguetes, y Augusto se quedó tan entusiasmado, que se olvidó de volver a su casa.

Mientras tanto, y sin que el niño lo notara, la nave se puso en movimiento.

A los pasajeros no les había llamado la atención el nuevo compañero de viaje. Recién cuando al anochecer empezó Augusto a llorar y a llamar a su madre, comprendieron que se trataba de un niño perdido.

Escandalizó tanto la criatura con sus llantos y gritos, molestando a unos viajeros y conmoviendo a otros, que, saliendo el patrón de su camarote, lo llamó aparte y le preguntó con enojo:

—¿Quién eres y de qué ciudad has venido?

—Soy Augusto y no vengo de ninguna ciudad —contestó el niño.

—Está bien. ¿Dónde vives?

—En mi casa.

—¿Y dónde está tu casa?

—Cerca de la aldea.

—¿Y cómo se llama la aldea?

—¿La aldea?... ¡Ah, sí!... Se llama... la aldea.

—¡Enterados!... Vamos a ver: ¿cómo se llaman tus padres?

—Mi padre se murió y mi madre se llama Teodora.

Viendo que no sacaba nada en limpio, el patrón se encolerizó y se dispuso a zamarrear al peque-

*Era una joven
tan linda y
graciosa...*



ño. Y lo hubiera llevado a cabo, a no interponerse un caballero que realizaba un viaje con su esposa y su hijita. Viendo que la disputa entre los dos hombres tomaba mal cariz, la señora, que era de carácter tierno y conciliador, se interpuso entre ambos y le dijo a su marido:

—¿Por qué no nos hacemos cargo del niño?

El señor Wahl, que tal era el nombre del caballero, se sonrió y le dijo al patrón:

—Bueno, no discutamos más. Yo me quedo con el pequeño.

—¿Estáis decidido?

—Completamente.

El capitán se dió por satisfecho, y todos los presentes elogiaron la buena acción del caballero que en forma tan satisfactoria había puesto fin al enojoso asunto.

Y siguió el viaje sin inconveniente alguno, has-



—Hay que ver lo bien conservado que está. Solam



por un poder sobrenatural puede mantenerse así.

ta que la nave arribó a la ciudad de Viena, donde el señor Wahl compró una linda casa y estableció un importante comercio.

Ya instalado en la hermosa capital austríaca, el señor Wahl hizo dar una esmerada educación a la niña y mandó al chico a la escuela.

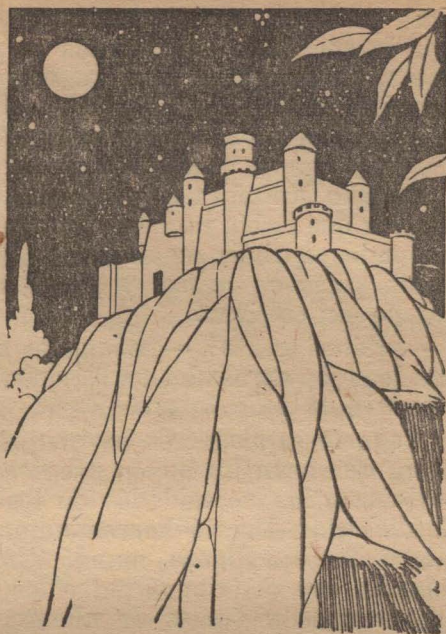
VI

La juventud de Augusto

A pesar de su tierna edad, Augusto manifestó en seguida una inteligencia despejada, haciendo tan rápidos progresos en los estudios, que llegó a ser la admiración de sus profesores y compañeros de escuela. Además, era tan humilde, tan bueno y tan cariñoso, que el señor Wahl y su esposa no tardaron en quererlo como a un hijo. Y habiendo observado el caballero que revelaba extraordinarias dotes para el comercio, le proporcionó los medios para recibir una sólida instrucción y lo colocó más tarde en su propio escritorio.

Con su dedicación, no tardó Augusto en contribuir al buen éxito de los negocios del señor Wahl, y no había cumplido todavía los veinte años, cuando ya estaba en condiciones de dirigir la marcha de la importante empresa.

El señor fué extendiendo el radio de acción de sus operaciones comerciales, llegando a encargarse de los suministros de ropa para el ejército, con lo que vió centuplicado su capital. Comprendiendo entonces lo mucho que debía al acierto y dedicación de su hijo adoptivo, consideró llegado el momento de darle la merecida recompensa, y lo



Uno de los soberbios castillos...

casó con su hija, que ya era una joven tan linda y graciosa como sencilla y honesta.

En eso terminó la guerra, y el emperador, deseando premiar los servicios del señor Wahl y de su hijo adoptivo, les concedió a ambos sendos títulos de nobleza.

VII

La vida en el castillo

Dueño Augusto, por parte propia y de su esposa, de los cuantiosos bienes de sus difuntos pa-

dres políticos, decidió retirarse de los negocios, por lo cual, una vez puestas en orden todas las cosas, se dirigió a Baviera con el propósito de adquirir uno de los soberbios castillos que la guerra reciente había hecho abandonar por sus moradores, y que se vendía a bajo precio.

Cuando Antoñita llegó al castillo y vió los desastres que había hecho la guerra en todo el país, no pudo reprimir su aflicción. Por todas partes había casas en ruinas y grandes extensiones de campo sin cultivar.

—¡Pobre gente! —exclamaba a cada instante, con los ojos arrasados en lágrimas—. Debemos socorrerla en todo lo posible.

Augusto se alegró de los sentimientos de su esposa, que eran los suyos propios, y se dispuso a satisfacer las necesidades de los habitantes más desdichados. Prestó herramientas para labrar la tierra, facilitó dinero, mandó comprar semillas y ganado, que distribuyó entre los pobres y prodigó consejos y frases de aliento, con lo que no tardó en ver su castillo rodeado de casitas nuevas y bien cuidadas y de campos esmeradamente cultivados.

Los favorecidos no encontraban palabras suficientes para expresar su gratitud al señor del castillo y a su esposa. Y Augusto les contestaba siempre:

—Debéis saber que yo era un chico pobre y desamparado, y Dios me ha hecho un caballero rico y poderoso. Gracias a su infinita bondad, prosperaron mis negocios. Sería, por lo tanto, un ingrato si no diera a los demás parte de los favores que del cielo he recibido a manos llenas.

VIII

En busca del árbol

Mientras Augusto era un rico y poderoso caballero, su madre, la infeliz Teodora, pasaba grandes fatigas llevando una vida de continuas penurias.

Tiempo después de haber perdido a su hijo, la guerra se extendió hacia la parte habitada por ella, viéndose el territorio invadido por las fuerzas extranjeras.

Teodora abandonó entonces su choza y se refugió en la aldea donde residía su hermano.

Tampoco pudo permanecer mucho tiempo allí, pues a consecuencia de una gran batalla, la aldea



Prestó herramientas, facilitó dinero...

fué totalmente incendiada, viéndose obligados todos sus habitantes a buscar hospitalidad en otra parte.

Teodora se refugió esta vez en casa de su hermana, que vivía a unas quince leguas de la aldea, siendo recibida cordialmente y dedicándose al cuidado de la numerosa familia.

Vivían las dos en perfecta armonía, consolándose mutuamente, pues ambas tenían sus penas. Y pasaron algunos años, al cabo de los cuales recibieron una carta del hermano comunicándoles que había muerto su esposa y que sus hijas se habían casado y ausentado del país, por lo que suplicaba a Teodora que volviera a su lado para atender la casa.

Así lo hizo la pobre viuda, pero apenas había llegado a la aldea se dirigió al bosque con el deseo de encontrar el haya bajo cuyo tronco dejara la imagen de la Virgen de los Dolores que le había regalado el cura y que en la precipitación de la fuga no había podido llevar consigo.

De su choza no quedaban ni rastros. Ni siquiera era posible localizar el lugar donde antes estaba, pues allí los árboles lo habían invadido todo.

La infeliz mujer se fatigó buscando inútilmente el haya junto a la que tanto había llorado. Se metió en la espesura por entre las espinas y los matorrales, y examinó detenidamente todas las hayas que vió.

—Es posible que ya no encuentre la imagen — se decía—, pero reconoceré el árbol, por el hueco que hice en su tronco para colocar la Virgen.

—Es inútil que se canse —le dijo un viejito que andaba por el bosque juntando leña—. El árbol

que usted busca ya no existe más. Lo mismo que en la aldea, en el bosque ha cambiado todo.

Dicho esto, el anciano se alejó, dejando a Teodora sin la esperanza de encontrar el árbol buscado.

IX

El encuentro

Augusto residía a muchas leguas de distancia del lugar donde había nacido. Sin embargo, tanto el bosque como la aldea próxima formaban parte de su vasto señorío.

Un día se le ocurrió dirigirse al bosque aquel para hacer un reparto de leña y madera a los vecinos que estuvieran faltos de ellas, pues el invierno se acercaba y amenazaba ser duro.



Los favorecidos no encontraban palabras suficientes...

Como el bosque se había hecho muy espeso, pues desde hacía buena cantidad de años no se cortaba un solo árbol, Augusto decidió realizar una distribución generosa y dirigida personalmente para que el corte se efectuara sin causar grandes daños.

Como el hermano de Teodora se hallaba enfermo, fué ella en su lugar a la reunión, y al hacerse el reparto le tocó el árbol junto al cual se encontraba Augusto.

La mujer se acercó respetuosamente a él y le rogó que disculpara a su hermano por no haber respondido a su invitación personalmente. Agregó que no lo hizo porque estaba postrado en cama.

No se imaginaba Augusto que aquella mujer era su madre, y menos podía sospechar ésta que el poderoso caballero que ante sí tenía, vestido con tanto lujo y con los dedos llenos de brillantes, era su hijo, aquel hijo que había dado por muerto y por el que tanto había llorado.

Este, al ver a la humilde anciana en cuyo rostro el sufrimiento había dejado profundas huellas, se sintió embargado por un sentimiento de honda compasión, y mandó que el primer árbol que se derribara fuera el que le había sido destinado. Y señaló el que estaba junto a él.

El guardabosque intentó oponerse a la orden impartida por su señor. Y le dijo:

—Convendría no cortar un árbol tan hermoso como éste. Es un haya recia que todavía tiene larga vida por delante. Además, con los álamos y los abedules podrá el señor satisfacer las necesi-



¡Qué distinto y revuelto lo encontró todo!

dades de estas pobres gentes. Árboles nobles como las hayas, los robles y los nogales, conviene que los reserve el señor para el uso de su castillo.

—¡Muy mal dicho! —le replicó Augusto con severidad—. No hay que dar a los pobres sólo aquello que los ricos no quieren. Por el contrario, estamos obligados a partir con ellos, cuando lo necesiten, aquello que más nos gusta. Conque, manos a la obra y que se prepare, antes que la que yo necesito, la madera destinada a esta buena mujer.

Después de decir esto, se alejó, para no tener que recibir las demostraciones de gratitud de Teodora, que, mientras lo escuchaba, lo miraba con los ojos bañados en llanto.

—¡Que Dios lo bendiga! —exclamó la buena mujer, bañada en lágrimas, conmovida ante la bondad del poderoso señor de aquellas tierras.

Y he aquí cómo madre e hijo se encontraron en el mismo sitio en que veinte años antes se habían visto por última vez.

X

El milagro

Cumpliendo las órdenes dadas con desusada severidad por el señor de aquellas tierras, dos leñadores se pusieron a descargar hachazos sobre el tronco del viejo árbol. A los pocos minutos, el haya frondosa vino al suelo con estrépito. Entonces se oyó gritar a los leñadores:

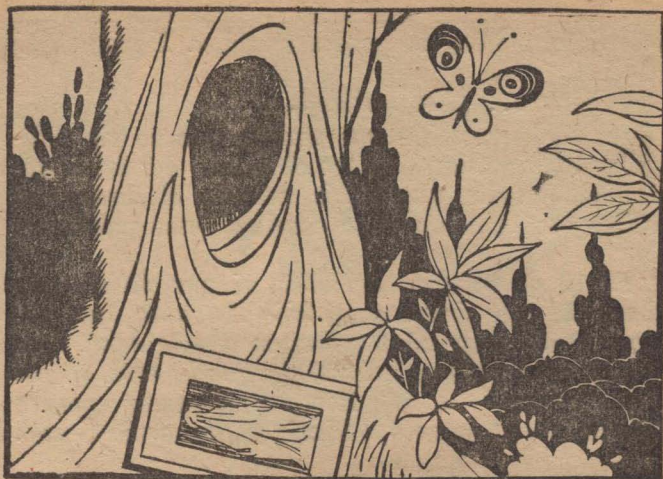
—¡Milagro! ¡Milagro!...

¿Qué había ocurrido? Que al quebrarse el tronco por la parte inferior, que era la más débil, se desprendió un pedazo de la corteza, quedando al descubierto la imagen de la Dolorosa, que Teodora había estado buscando tan afanosa como inútilmente.

Los leñadores, que, por ser jóvenes, desconocían la historia de aquella sagrada Virgen, se decían:

—¿Cómo puede haber venido a parar aquí este hermoso cuadro?

—En la parte exterior del tronco no se ve abertura alguna. Quiere decir, pues, que estaba completamente encerrado en la corteza y cubierto de musgo, como todos los viejos árboles del bosque. Es un verdadero milagro.



Quedando al descubierto la imagen...

—Y hay que ver lo bien conservado que está. Solamente por un poder sobrenatural puede haberse mantenido así.

Al oír las exclamaciones de la gente que rodeaba el árbol caído, se aproximó Augusto, pues apenas se había alejado unos cien pasos. Al enterarse de lo que había ocurrido, tomó la imagen en sus manos y la contempló con atención. Al cabo de un rato, exclamó:

—Sin duda, se trata de un cuadro muy lindo, una verdadera obra maestra del arte religioso. El rostro pálido y desencajado y la mirada llena de dolor fija en el cielo, así como el vestido morado y los pliegues que forma el manto azul, denotan una mano experta.

—¡Milagro, señor, milagro! —exclamó uno de los leñadores.

En eso Augusto palideció y la mano con que sostenía el cuadro empezó a temblar. Y sólo atinó a decir:

—¡Cómo!... ¿Es posible?...

Era tal la emoción que sentía, que se vió obligado a tomar asiento sobre el tronco del árbol derribado. Resulta que había mirado el dorso del cuadro y en él había visto escritas estas palabras:

“El 10 de octubre de 1632, vi por última vez debajo de este árbol a mi hijo Augusto, que entonces tenía cinco años y tres meses de edad. Que Dios lo acompañe y lo proteja donde esté, y que El me consuele a mí, Teodora Sommer, madre afligida, como consoló a María al pie de la cruz”.

Un recuerdo feliz acudió instantáneamente a la memoria de Augusto. Y se dijo:

—El niño perdido de que habla la inscripción soy yo. Tanto el nombre como la fecha demuestran que fué mi madre quien colocó la imagen en el hueco del árbol.

Teodora, que se había apartado del sitio apenas los leñadores empezaron a derribar el árbol, se enteró por uno de los vecinos reunidos en el bosque, del hallazgo de su cuadro, y corrió donde estaba el amo y señor de aquellas tierras y con tono suplicante le dijo:

—Por lo que más queráis, señor, dadme esa imagen, pues me pertenece. Os lo suplico; dádmela. Ved, mi nombre está escrito todavía en su dorso. Nuestro bondadoso cura lo trazó a mi ruego y, accediendo también a mi pedido, agregó todo lo demás. ¡Qué desgracia! —continuó, arrastrando—



Decidió quedarse a atender a su hermano.

sada en lágrimas, viendo el árbol caído—. Este es el árbol a cuya sombra dormía mi hijo antes de que me lo arrebataran para siempre.

El llanto le impidió continuar. Y en cuanto a Augusto, quedó mudo de asombro y emoción al comprender que aquella humilde y dolorida mujer era su madre. Su corazón latía violentamente y sentía irrefrenables deseos de arrojarse en sus brazos, exclamando: “¡Madre mía, aquí me tienes!”; pero se contuvo ante el temor de que una alegría tan repentina le causara la muerte.

Conteniendo su propia emoción, se limitó a estrecharle la mano en gesto amistoso, a secarle las lágrimas con su blanco pañuelo de fino encaje y a consolarla en la mejor forma posible. Y así, poco a poco, le fué diciendo que su hijo vivía y

que él lo conocía y trataba. Y cuando consideró que ya estaba preparada para recibir la emocionante noticia, le dijo:

—¡Yo soy el hijo que usted perdió! ¡Madre mía!

Teodora se arrojó en sus brazos lanzando un grito de intensa alegría.

Con lo que el milagro de la Dolorosa se había realizado.

XI

Unidos para siempre

Augusto y Teodora permanecieron largo rato confundidos en un tierno abrazo, mientras todos los que presenciaban la escena derramaban sentidas lágrimas.

—Dios oyó las súplicas que le dirigisteis —dijo Augusto a su madre— esas súplicas que están escritas en esta hermosa imagen de la Virgen, pues El nunca me abandonó y me ayudó en todo.

—Sí. El te separó de mí porque tal vez vió que yo no podía consagrar a tu educación todo el cuidado necesario, y te ha vuelto a mis brazos, ya señor poderoso, para que seas el apoyo de mi vejez y hagas la felicidad del desdichado país que te vió nacer.

Después de los primeros transportes de alegría, ordenó Augusto a uno de sus servidores que avisara al hermano de Teodora que ella no iba a volver hasta la mañana siguiente, en que iría a visitarlo en compañía de su hijo. Ella, por su parte, suplicó a una de las vecinas que estaba en el bosque que durante su ausencia cuidara del

enfermo, recibiendo en pago una bolsa de dinero que le entregó Augusto.

Luego éste hizo aproximar su carruaje, ayudó a subir a él a su madre, tomó asiento al lado suyo y partió hacia el castillo, dejando a cargo del guardabosque el reparto de la leña.

La buena anciana lloraba de alegría al verse convertida de pronto en una gran señora. Y cuando su hijo le presentó a sus dos niños, que se llamaban María y Fernando, y eran lindos y rubios como dos ángeles, creyó morir de felicidad.

—El dolor que sufrí en otro tiempo —decía— fué muy grande; pero el placer que experimento ahora, es más grande todavía. No puedo hacer más que llorar y dar gracias a Dios por sus bondades.

XII

La felicidad

A la mañana siguiente del feliz encuentro con su madre, Augusto mandó preparar su carruaje y fué con él y en compañía de su madre a la aldea próxima al bosque, dirigiéndose a la casa de su tío enfermo.

Teodora decidió quedarse a atender a su hermano hasta que se encontrara restablecido de su dolencia, a lo que su hijo accedió no sin pena, pues no deseaba separarse ni un momento de su madre.

A los dos hermanos de Teodora, que como sabemos, vivían pobremente, su poderoso sobrino les aseguró una crecida pensión, con la que no pasaron más necesidades, recibiendo con frecuencia la visita de Augusto y Antonia, pues ni uno

ni otro se avergonzaban de tener unos parientes tan humildes. Antes por el contrario, con frecuencia los invitaban a comer en el castillo, reuniendo en la mesa, a padres, madres, hijos y nietos y haciendo ocupar a Teodora el sitio de preferencia. Y las buenas gentes estaban encantadas del amable recibimiento que se les hacía, brotando de sus ojos lágrimas de enternecimiento y gratitud.

XIII

La muerte de Teodora

Y cuentan las crónicas que Teodora, aquella buena mujer que tanto había sufrido por su hijo y a la que Dios había recompensado como merecía, tuvo la muerte tranquila y satisfecha de las almas buenas que, sin pecados ni remordimientos, saben que les aguarda el premio eterno que la Divina Providencia acuerda a los que han vivido haciendo el bien y sufriendo el mal con santa resignación.

Cuando se sintió morir, la buena anciana llamó a su hijo, a su nuera y a sus nietos y, después de despedirse de todos con una plácida sonrisa, pidió como último favor que trajeran el cuadro de la Virgen y lo colgaran en la pared que quedaba frente a su lecho. Y así, mirando aquella imagen que le devolvió a su hijo, entregó el alma al Creador.

FIN





CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA
54